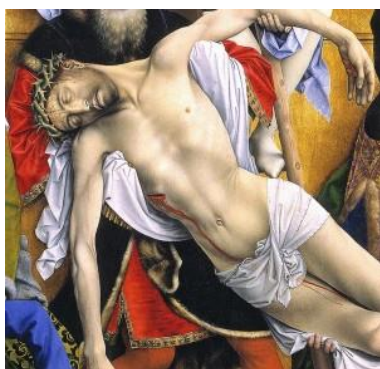


VIERNES SANTO

ENTREGÓ EL ESPÍRITU

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Isaías 52,13-53,12; Hebreos 4,14-16; 5,7-9; Juan 18,1-19,42



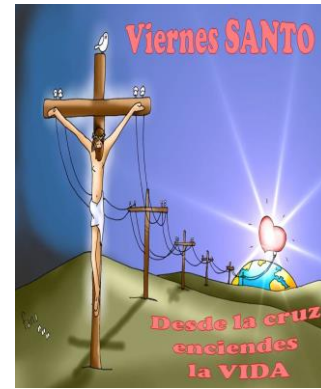
1. Con emoción y temblor hemos escuchado en el evangelio de San Juan que Jesús, *inclinando la cabeza, entregó el espíritu*. De esa manera terminaba la existencia humana e histórica del Hijo Unigénito de Padre, enviado por Él al mundo para salvarlo. En su nacimiento, el cielo se llenó de luces y los ángeles cantaron. En su muerte, se hizo oscuridad en plena tarde, se golpeaban el pecho y el silencio invadió el lugar. La tarde del Viernes Santo, porque ha muerto Nuestro Señor, es tarde de silencio: silencio recio, denso y religioso; silencio interior, y también exterior; silencio hecho dolor y oración.

En ese clima de silencio y de de oración, podemos hacernos estas preguntas de una poesía o himno popular americano: *¿Estabas allí, cuando crucificaron a mi Señor? ¿Estabas allí, cuando lo clavaron en el árbol? ¡Oh!, a veces, me hace temblar, temblar, temblar. ¿Estabas allí, cuando crucificaron a mi Señor? ¿Estabas allí, cuando lo depositaron en el sepulcro?*

2. Es probable que, si hubiéramos estado allí, muchos valientes cristianos -¿nos encontraríamos nosotros entre ellos?- habrían gritado en contra de la más grande de las injusticias que se ha cometido y cometerá (los apóstoles no fueron capaces), habrían temblado de indignación, espanto y emoción. Si hubiéramos estado allí..., pero sí que estuvimos. Con nuestros pecados, cada uno con los suyos, estuvimos impulsando al cobarde Pilatos, para que condenara al justo entre los justos; levantando la mano de los verdugos, para que descargaran sobre el cuerpo de Jesús puro, llagado y sin fuerzas; gritando con los jefes del pueblo *¡crucifícale! ¡Crucifícale!* Allí estaban nuestros pecados, causa verdadera y última de la muerte de Cristo.

En esta celebración de la Pasión del Señor, del Año de la fe, no podemos ser meros espectadores pasivos, ni siquiera personas que se emocionan, pero en eso se quedan. Al ver a Cristo *obediente hasta la muerte y muerte de cruz*, entregado del todo por cada uno de los hombres hasta derramar la última gota de sangre, amándonos con el mayor amor -*no hay amor más grande que dar la vida por los amigos*-, nuestro compromiso con el que se comprometió con nosotros y por

nosotros no ha de ser otro que seguir a Cristo hasta las últimas consecuencias: con generosidad y entrega, con esfuerzo y con lucha, comenzando y recomenzando las veces que haga falta, pero sin abandonar nunca el objetivo de corresponder con un amor entregado al que se entregó por los hombres hasta la muerte de cruz.



3. Oiremos al sacerdote que, en un momento cumbre de esta celebración, descubriendo los dos brazos y la cabeza del crucificado, cantará por tres veces: *mirad el árbol de la cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo, venid a adorarla*. Con nuestra vida entregada, hacemos realidad esta sencilla oración que se repite en los vía crucis: *te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos, porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo*. Mirando a la cruz y adorando a Cristo clavado en ella, le pidamos perdón con toda el alma por nuestros pecados, porque ellos le llevaron a esa situación.

Cuenta una historieta que un hombre, en sueños, vio cómo un soldado azotaba sin piedad a Jesús. Al ver tanta crueldad, este hombre se acercó al soldado, el cual volvió la cara, y el hombre en cuestión comprobó que era él mismo. También mirando a la cruz, decidámonos en este Viernes Santo a llevar la cruz de cada día con fortaleza, serenidad y paz interior, aceptando, aunque la sensibilidad se resista, la voluntad de Dios. Es lo que hizo Jesús en el Huerto de los Olivos: *Padre, si es posible, pase de mí este cáliz, pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres*.

4. San Mateo nos dice que *Jesús, dando de nuevo un fuerte grito, entregó el espíritu*. Puede afirmarse que Cristo, desde la cruz, grita a la humanidad de todos los tiempos, también a nosotros en estos años de crisis y convulsiones, para que nos enteremos bien de que el pecado es la mayor esclavitud del hombre, de que toda injusticia clama al cielo, de que cualquier violencia es injusta, de que la vida humana hay que respetarla en todas sus etapas, también en seno materno, y de que no hacerlo es un crimen, como crimen fue su muerte en el calvario porque moría un inocente.

Muriendo Cristo por los hombres de todos los tiempos, es la persona que más bien ha hecho por ellos, la que más bienes y de mejor calidad ha traído al mundo. Y que no se nos olvide: en la medida en que nos identifiquemos con Él, en esa misma medida, además de ir por caminos de salvación, haremos bien en los ambientes en los que nos encontremos, colaboraremos a que el mundo sea mejor.

5. Que la Virgen, desde el pie de la cruz, nos haga partícipes del amor, de la fortaleza y de la fidelidad que ella allí tuvo.